



DINGO

UNA AVENTURA DE ACOGIMIENTO FAMILIAR

— ¡Despierta, Dingo, despierta! — gritó asustada su madre — ¡Nos hemos perdido!
— ¡Aaahhhh! — bostezó Dingo — ¿Qué pasa mamá? Vamos a dormir 5 minutitos más.

Estaba muy cansado. El día anterior había tenido clases de Salturaleza y se había pasado la tarde practicando para aprender a saltar encima de diferentes zonas de la naturaleza.

Además, luego había estado jugando con sus primos a perseguir estrellas fugaces. El que consiguiera llegar más lejos persiguiendo una estrella antes de que desapareciera del cielo ¡ganaba! Dingo había quedado tercero y se lo había pasado muy bien.

— ¡Dingo, que nos hemos perdido! ¡No veo al resto del grupo!

— Estarán por ahí — dijo Dingo remoloneando y frotándose los ojos — 5 minutitos más, porfi, mamá, déjame.

— ¡Ay, Dingo! ¿Dónde estarán todos? ¡Nos hemos quedado dormidos! — Dijo su madre, cada vez más preocupada y mirando a todos lados buscando al resto del grupo de canguros rojos — ¿Qué vamos a hacer ahora?

— Pero ¿jes en serio!? ¿Y papá? — Dingo empezó a ponerse nervioso.

— A Papá Kajún tampoco lo veo, Dingo — La barbilla de Mamá Fifi empezó a temblar y dos lágrimas cayeron por su cara.

— Mamá ¿estás llorando? ¡Las mamás no lloran!

— ¡Estamos solos, Dingo! ¡Tenemos que encontrar al grupo! Pronto empezará la época de sequía y los necesitamos para poder sobrevivir.

— Tengo miedo, mami.

— Tenemos que buscarlos, Dingo. Por eso te he despertado. ¡Venga, vamos! Cuanto antes empecemos la búsqueda, mejor. No pueden andar muy lejos.

Dingo se levantó apresurado, cogió todos sus juguetes, los metió en una mochila y corrió tras su madre que ya había avanzado unos metros.

Dingo y Mamá Fifi eran canguros rojos y vivían en la sabana viajando de una zona a otra para buscar comida. Los canguros suelen dormir de día para protegerse del calor y siempre van en grupo para cuidarse entre ellos, por eso estaban tan preocupados ¡habían perdido a los demás! Anduvieron durante horas, buscaron por



todas las zonas en las que se les ocurrió que podrían estar: miraron cerca de lagos, buscaron tras árboles grandes y por zonas donde había mucha vegetación. Nada. Dingo notaba como su madre estaba cada vez más preocupada. Dingo estaba muy cansado y, apenas habían comido, pero no se atrevía a decir nada. Empezaba a hacerse de día, pronto deberían acostarse de nuevo y resguardarse del calor pero no habían encontrado al resto del grupo y seguían solos.

— Está bien Dingo, ven conmigo, haremos un hueco bajo este árbol y ahí descansaremos hasta que llegue la tarde.

•

Los canguros rojos son unos animales crepusculares, es decir, pasan el día dormidos o tranquilos y luego ya, por la tarde y la noche, es cuando salen a alimentarse en grupo.

Ambos se durmieron enseguida. Estaban agotados. Sin embargo, a las pocas horas Mamá Fifi se despertó, la preocupación no la dejaba dormir. ¿Dónde estarían todos? ¿Los estarían buscando? ¿Deberían haberse quedado donde estaban en vez de salir a buscarlos? ¿Y si habían vuelto a por ellos? ¡¡No los encontrarían nunca!! Mamá Fifi se alejó un poco de Dingo para no despertarle con sus sollozos. De repente, un koala con una voz muy cantarina dijo:

— ¿Qué te pasa? ¡Eh, tú! ¿Por qué lloras? ¿Puedo ayudarte en algo, cangura?

Mamá Fifi no podía hablar por el llanto. El Señor Koala observó a su alrededor hasta que lo comprendió todo ¡¡estaban solos!! Los canguros siempre solían ir en grupo y allí sólo había una mamá y un pequeño.

— Ayer recorrimos muchos kilómetros y apenas comimos. Seguramente estará cansado y ¡esto no es vida para un cachorro! Debería estar seguro, con su madre, con su padre ¡¡con todo el grupo!! ¿Cómo vamos a defendernos estando solos? ¿Cómo vamos seguir así? ¿Cómo vamos a...?

— Tranquila — le susurró el Señor Koala, posándole una mano en el hombro, aún colgado de su rama — ¡Una enigmática problemática sólo se solucionática con una ideática! — gritó entusiasmado — mi abuela siempre lo decía, ¡una enigmática problemática sólo se solucionática con una ideática!



Mamá Fifi le miraba extrañaba, ya no sabía ni qué pensar.

— ¡Tenemos que seguir buscando! pero no puedo tener a Dingo buscando toda la noche, él no se merece eso ¡es una responsabilidad demasiado grande para un cachorro! ¡Debería estar jugando con sus primos, comiendo bien y yendo a la escuela!

— ¡¡¡Un momento, un momento!!! ¡LO TENGO! ¡Una enigmática problemática sólo se solucionática con una ideática! — exclamó el Señor Koala sonriendo y abriendo mucho los ojos — Yo conozco un refugio donde viven varios cachorros cuyas familias no pueden estar con ellos. Lo sé porque, aunque estoy ocupado durmiendo en mi rama, a veces, abro un ojillo así — dice guiñando un ojo y abriendo el otro — y les veo jugar. Y también van al cole. Igual podrías dejarlo allí.

— ¿¡Cómo voy a dejar a mi hijo en manos de unos desconocidos!?

— A ver, son expertos, llevan muchos años trabajando con cachorros.

— Ya pero ¿quién le dará el beso de antes de dormir?

— Pues el animal que esté trabajando en ese momento. Puede ser una jirafa, un oso, una cebra... ¡hay de todo!

- Creo que Dingo con quien estaría mejor es con su familia.
- Pues entonces, tendrás que buscarlos.
- Pero no puedo ir con Dingo.
- ¡Y dale la cabra para el monte! ¡Que ya lo sé! Pero puedes dejar a Dingo en el refugio que te digo. Así tendrá otros cachorros con los que jugar y aprender mientras tú buscas a tu familia.
- No le voy a dejar con unos desconocidos.
- ¿Puedes vivir sin tu familia?
- No
- ¿Tienes que buscarles?
- Sí
- ¿Puedes llevarte a Dingo para estar buscando toda la noche?
- No
- No hay más preguntas señorita.

Mamá Fifi fue a ver el refugio. Era cierto que había muchos cachorros y que jugaban y que iban al cole. A Mamá Fifi le daba la impresión de que estaban algo tristes. Le dijeron que podría visitar a Dingo cada cierto tiempo. También observó que un elefantito saltaba de alegría y era porque había venido una familia a recogerle. A Mamá Fifi le contaron que no eran sus padres, sino una familia de elefantes que se presentaba voluntaria a cuidarlo para que, mientras que su papá y su mamá no podían, pues viviera en una familia y no en el refugio. Le aseguraron que en el refugio Dingo estaría estupendamente pero, desde que Mamá Fifi supo que podría estar viviendo con otro grupo de canguros, quiso saber si podría ir Dingo con otra familia y, si mientras estaba con ellos podría verle. Le dijeron que sí pero que tenían que esperar a que hubiera una familia de canguros que quisiera hacerlo. Mientras, en el refugio se encargarían de que a Dingo no le faltara de nada.





— ¿Qué es eso, mamá? ¿Te vas a ir sin mí? — preguntó Dingo con lágrimas asomando en sus ojos — ¿Cómo te vas a ir sin mí?

— Dingo, hijo... ¿estás cansado?

— Bueno sí, porque ayer estuvimos todo el rato buscando y...

— Pues hay que seguir buscando y no puedo parar a comer, ni podremos jugar, ni podremos aprender en la escuela, ni podrás jugar con tus primos hasta que no les encontremos.

— Ya pero...

— Hijo mío, tú tienes que vivir tranquilo y dejar que los adultos solucionemos nuestros problemas porque esa es nuestra responsabilidad. Yo, lo que más quiero es que estés bien. Así que, vas a estar un tiempo con un montón de amigos. ¡Ya verás qué bien! Tendrás de todo tipo de compañeros y jugarás un montón. — decía Mamá Fifi sonriendo mientras pensaba ¡Ay! ¡¿Cómo lo voy a hacer?!

Mamá Fifi salió en busca del grupo no sin antes dar un abrazo muy muy fuerte y muy muy largo a Dingo y hacerle prometer que se iba a portar bien. Fue algo triste pero, cuando Dingo entró en el refugio se dio cuenta de que era verdad ¡había un montón de cachorros! Y cada uno tenía una historia, aunque no todos contaban lo que les había pasado. Dingo se hizo amigo muy pronto de una cebrita y de dos hermanos suricatos que siempre estaban correteando de un lado para otro. Jugaban al escondite entre los árboles o a ir de piedra en piedra sin pisar el césped. Dingo se lo pasaba bien con ellos pero echaba de menos a su familia, sobre todo antes de dormir. Mamá Fifi venía a verle siempre que podía, lo pasaban muy bien, comían juntos, jugaban juntos y mamá le contaba cómo iba la búsqueda.

Cada vez estaba más cerca de encontrar a su familia. Un rinoceronte le dijo que había estado hablando con Papá Kajún, que le había comentado que estaba buscando a su hijo. Así que, Mamá Fifi pasaba la mitad del día buscando y la otra mitad esperando en el último sitio donde estuvieron juntos por última vez. A Dingo le encantaba ver a su mamá pero la veía triste y delgada. Se notaba que estaba luchando mucho por encontrar a la familia.

Un día, le dijeron a Dingo que se iba a ir con una familia de canguros que se habían ofrecido a cuidarle para que no tuviera que estar en el refugio. A Dingo le daba mucha pena dejar allí a los dos suricatos y a la cebrita, pero la verdad es que tenía muchas ganas de estar con un grupo de canguros, estaba cansado de ganar a sus compañeros en las carreras de saltos con sacos.

Ya habían hablado con Mamá Fifi sobre este grupo de canguros. Le dijeron que por supuestísimo que cuidarían de Dingo. Tenían otros canguros de su misma edad con los que podría jugar, se encargarían de que fuera a la escuela, de cuidarlo y de darle de comer. Habían hablado con todo el grupo y habían acordado quedarse todo el tiempo que fuera necesario en esa misma zona para que Mamá Fifi pudiera encontrarlos fácilmente para visitar a Dingo.

— ¿Entonces voy a tener un papá y una mamá nuevos? ¡Yo quiero a mis papás! — preguntó Dingo a su cuidadora sin comprender mucho.

— ¡Tu familia es tu familia, Dingo! Tendrás dos nuevas mamás, que te cuidarán un tiempo hasta que Mamá Fifi encuentre a todo el grupo.— Explicó el cuidador.

— ¡¿Voy a tener tres mamás?! — preguntó Dingo.

— Sí — contestó el cuidador.

— ¡Toma! ¡Qué bien! Seguro que tengo más mamás que nadie ¡nuueeevooooo récord!

— exclamó Dingo dando vueltas con un brazo levantado, aunque tenía algo de miedo porque no sabía con qué se iba a encontrar.

•

Se llamaban Dreta y Missy. Eran algo más mayores que su mamá. Sonrieron mucho al verle y fueron muy cariñosas con él pero Dingo estaba asustado. No las conocía. No sabía cómo eran. Nada más llegar le presentaron a su hija Lúa y ella le miró con los ojos muy muy abiertos, le preguntó con esa sinceridad aplastante e inocente que tienen todos los peques si era él el cachorro que había perdido a toda su familia y Dingo se puso a llorar. Dreta le abrazó y Missy le dijo a Lúa que fuera a por algo. En seguida llegó Lúa con un cachibache que captó por completo la atención

de Dingo. Se trataba de una especie de artefacto para saltar. Era como un muelle gigante que arriba tenía una plataforma arriba. Lúa se puso a jugar con ella para enseñarle a Dingo cómo funcionaba y él miró a Dreta y Missy que le animaron a probar el artefacto.



Lúa y Dingo en seguida se llevaron bien. Lúa era algo más pequeña que Dingo y le encantaba jugar a todo. Además, tenía unos primos algo mayores que eran muy divertidos y siempre estaban gastando bromas. Dingo no tenía ganas de divertirse mucho porque pensaba que estaba mal. Su madre estaba sola buscando a su familia. Había momentos en los que se quedaba pensando, pero luego llegaba algún primo de Lúa, le contaba algún chiste y se relajaba algo más.

— ¿Sabes por qué los canguros nunca hacen dieta?

— No — decía Dingo.

— ¡¡Porque siempre se la saltan!! — y todos los cachorros de aquel grupo al que había llegado se desternillaban de risa.

— Dingo ¿tienes hambre? — preguntó Missy.

Olía estupendamente bien. Dingo se había quedado entretenido jugando con el cacharro de saltar de Lúa y no se había dado cuenta de que todos se habían unido en pequeños grupos para cenar. Missy, Dreta y Lúa estaban muy cerca de él, a punto de comerse unas hierbas fritas con salsa de pasto. Dingo las miró y vio que había cuatro platos hechos con ramas.

— ¡Este es para tí! — gritó Lúa.



Dingo se lo pensó un poco pero finalmente se acercó a comer con ellas. Seguía preocupado por su familia pero la verdad es que aquello ¡¡¡estaba buenísimo!!! Una vez tenía las pilas cargadas de nuevo, fue con Lúa y sus primos a clase. ¡Aprendían las mismas cosas que él con su familia! Ese día tocaba Vegetamáticas, para saber distinguir qué pastos podían comer y cuáles no. A Dingo se le daba muy bien y le animaron a enseñarle unos truquillos a sus compañeros.

Llegó la hora de dormir y Dingo tenía miedo. Missy y Dreta le habían hecho un hueco en el que acurrucarse y le habían puesto hierba fresca abajo para que no pasara mucho calor y estuviera cómodo.

— Verás como pronto todo se soluciona — le dijo Dreta y le dio un fuerte abrazo. — Me quedaré aquí contigo hasta que te duermas ¿vale?

— Gracias — respondió Dingo. Quería estar con su familia pero reconocía que Missy y Dreta hacían que se sintiera bien, como en casa.



Pasaba el tiempo y Mamá Fifi se ponía muy contenta de verle. Notaba que estaba mucho mejor con esa familia de canguros que en el refugio.

— ¡Mamá, los primos de Lúa tienen una cama elástica gigante en la que pueden saltar 5 canguros a la vez!

— ¡¿5 canguros?! ¿Y todos en la misma colchoneta?— preguntaba Mamá Fifi mientras Dingo asentía con la cabeza y le contaba a todo lo que había estado jugando.

Dingo aprovechaba al máximo las visitas de su madre. La última vez que vino a verle le contó que había visto otra vez al rinoceronte. Le había prometido que si veía otra vez a su familia le comentaría que Mamá Fifi estaría todas las tardes en la zona donde se habían visto por última vez, así que era cuestión de días que se reencontraran.

Eran las 18h de la tarde. Dingo jugaba con Lúa y sus primos a ver quién saltaba más lejos cuando de repente le vio. ¡¡Lo reconoció al instante!! ¡¡ERA SU PADRE!! Estaba lejos pero esa manera de saltar era inolvidable. Dingo ¡estalló de emoción! ¡No podía estar más contento! ¿O sí? ¡Sí! ¡Claro que podía! Saltando detrás de su padre venían todos sus primos y toda su familia. ¡Qué bien!

Dingo corrió a darles un abrazo tan fuerte, tan fuerte, que casi dolía de lo bonito que era. Cuando se despegó, se dirigió a Mamá Fifi y le dio un beso y le dijo mirándola a los ojos ¡GRACIAS, MAMÁ!

Sabía que había sido muy duro para ella, aunque no podía hacerse a la idea de cuánto pues aún era un cachorro. Corrió a jugar contarle a sus primos todas las aventuras que había vivido cuando, de repente, se dio cuenta de que ya no vería más a Missy, Dreta y Lúa. Se giró y las vio a lo lejos juntas y con la mirada triste pero sonriendo mientras le decían adiós con la mano. Dingo corrió hacia ellas y les dio un abrazo.

— ¡Gracias por cuidarme! ¡Sois las mejores!

A lo lejos, Mamá Fifi y Papá Kajún dijeron una palabra que, aunque no se oía, se entendía perfectamente: GRACIAS.



**DINGO Y LA AVENTURA DEL
ACOGIMIENTO FAMILIAR**

Edita: Asociación Infania, 2017
C/Duquesa de Parcent 8, 5º izq., Málaga, 952 226 753
www.infania.org

Diseño y maquetación: Factor Ñ, 2017
www.factorñ.com

Impreso en España

Nº Depósito Legal: MA 767-2017

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Asociación Infania, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

DINGO

UNA AVENTURA DE ACOGIMIENTO FAMILIAR

